

»Cuando esta desgracia acontece, sentimos dentro de nosotros mismos cierta cosa que lucha contra la conciencia, por la rutina de respeto, largo tiempo adherida á esa fama ya decaída y muerta. Nuestro instinto se irrita con ese capricho de la fortuna, y quisiéramos por una contradicción irreflexiva, continuar honrando lo que tanto brillaba antes, al mismo tiempo que detestar y despreñar al que causó tan espantosas desgracias al Estado.

»Tal es, señores pares, la doble y contraria impresión que en este deplorable proceso experimentan los comisarios del rey. ¡Ojalá que hubiera dos hombres en el ilustre acusado á quien un deber riguroso nos manda perseguir; pero no hay mas que uno, el que durante un tiempo se cubrió de gloria militar es el mismo que se ha hecho el mas culpable de los ciudadanos.

»¿Qué importa á la patria su funesta gloria? La ha eclipsado él mismo con su funesta traición, seguida para nuestro desgraciado pais de una catástrofe, sobre la cual apenas nos atrevemos á fijar nuestra atención. ¿Qué importa que haya servido al Estado, si él es el que contribuye poderosamente á perderlo? Nada hay que pueda borrar semejante afrenta. No hay sentimiento que no deba ceder al horror que inspira tamaña traición.

»Bruto se olvidó de que era padre, para no ver mas que á la patria. Lo que un padre hizo á costa de la sublevación de la misma naturaleza, debe hacerlo con mas razón el ministerio que es protector de la seguridad pública, á pesar de los murmullos de una antigua admiración que se ha engañado de objeto; el ministerio cumplirá su deber con rectitud, pero con sencillez, ahorrando al acusado declamaciones aflictivas; porque en efecto, ¿qué necesidad hay de ellas al lado de una convicción nacida de la misma evidencia? Prescindiré, pues, de esas declamaciones, y de este modo le tributaré mi último homenaje. Sin duda conserva bastante orgullo y fiereza de alma todavía para conocer su precio, para juzgarse á

si mismo y para distinguir en los que están encargados de la dolorosa misión de perseguirle esa mezcla verdaderamente penosa del sentimiento que es propio del hombre, y de las imperiosas obligaciones anejas á su cargo.»

Después de estas atenciones y miramientos, puramente oratorios y mas propios para quitar á los jueces los escrúpulos de la admiración y de la piedad que para honrar á la víctima, Bellart llevó su acusación hasta el punto de sostener que un crimen de debilidad lo era de premeditación. Todo protestaba en el carácter y en las faltas mismas del mariscal contra semejante clase de traición premeditada; pero en los hábitos de los legistas, toda acusación parece insuficiente sino la elevan hasta la calumnia. Así es como el mismo juicio pierde parte de su sanidad y de su respeto entre los hombres.

Concluido el discurso de Mr. Berryer, un incidente trágico, cuya verdadera causa y carácter no se habia conocido hasta ahora, conmovió al auditorio y á los jueces, que se habrian conmovido mil veces mas si hubieran sabido entonces lo que vamos á referir.

XVI.

Desde el principio del proceso, los defensores del acusado, tan cuidadosos de su honor futuro como de su justificación presente, habian discutido entre sí sobre el carácter que convendría dar á la defensa. ¿Era preciso pensar mas en la justificación del acusado, que en la celebridad de la causa y en el eco que haría en la posteridad? ¿Debian sacrificar algo al deseo de la vida, ó sacrificarlo todo á la dignidad del soldado y á la magestad del nombre? ¿Tocaba á ellos resolver una cuestión tan personal para quien iban á defender? Desde luego convinieron en la necesidad de hablarle con lealtad y franqueza, así

es que la primera pregunta que le hizo Mr. Dupin fué si queria vivir ó morir á toda costa; si era menester dirigir la defensa en el sentido de conservar sus dias, ó si convendria abandonar en la defensa este cuidado y ocuparse solamente en la grandeza y en la gloria de la muerte. Lo primero que se necesitaba para tomar resolucion tan delicada era saber del mariscal si deseaba vivir. Asi, pues, los defensores le presentaron con discreta reserva este terrible problema que solo su propia conciencia podia resolver.

«Os lo confieso, respondió su cliente sin debilidad, pero tampoco sin jactancia; no temo á la muerte; la he visto mil veces bajo todas las formas en los campos de batalla y en las nieves de la Rusia; y creo haber dado á mi nombre bastante lustre para borrar un dia de error, y para volver á hallar con la indulgencia la gloria de mi nombre en la memoria de mi pais. Sin embargo, añadí con imparcial compasion de sí mismo, y como quien pesa las razones que podrian obligarle á morir ó á vivir, sin embargo, no tengo mas que cuarenta y dos años. Cuarenta y dos años! repelia como si quisiera contar los muchos dias que su naturaleza vigorosa y fuerte le reservaba todavía en el curso natural de las cosas. Cuarenta y dos años!.. Y quien sabe si despues del destierro y de la espiacion durante algunos años no me llamarán al socorro de la Francia los acontecimientos, la patria, el mismo rey, las revoluciones y la guerra, y me ofrecerán ocasion de hacer uno de esos sacrificios, y obtener una de esas victorias que borran completamente en la vida del soldado como en la de Turen y de Condé, errores y faltas que cubre para siempre la inmensidad del servicio? Vivir todavía para recobrar una de esas ocasiones de absolver la vida, es vivir dos veces... Y por otra parte quiero y necesito franquearos mis afecciones hasta en su último pliegue de naturaleza ó debilidad, como querais interpretarlas. Tengo una muger jóven, hermosa y á la cual amo

con la misma ternura que en los primeros dias de nuestra union; tengo hijos que acaban de salir de la cuna, y á los cuales debo educar, proteger y amar por largos años. Todo esto me ata á la existencia mas de lo que yo mismo quisiera; todas esas ternuras son vínculos que estrechan el corazon con mas fuerza de lo que deseara la razon, y sin que esté en nuestra mano el evitarlos porque yo vivo en todos esos seres tan queridos, ellos viven en mí, y su propia existencia es la que grita y se desgarran prematuramente con la mia... Os lo confieso sin vergüenza y sin debilidad; aunque estoy resignado á morir, echo de menos y deseo la vida...! Defended, pues, mi vida, si creéis poder defenderla y por todos los medios legales que pueden disputarla á mis enemigos!..

»Pero, replicó al punto con el ademan y el acento de un hombre de honor que se niega á toda bajeza, «no la defendais á toda costa; no quiero ni por mí, ni por mi nombre, ni por mi muger, ni por mis hijos una vida rescatada con el menor oprobio. Ya sabeis, añadió, todo mi pensamiento; la vida, siempre que pueda conservarse con honor, la muerte antes que una vida que mancharia mas tarde con otro baldon mi carácter y mi memoria... Nadie mejor que vosotros, mas tranquilos y espertos que yo en el estudio de los tribunales, puede observar el alma en el rostro de mis jueces, y si despues de haber intentado todo lo que sea decoroso para salvar mi vida, veis en los últimos momentos que mi causa es desesperada y que tienen irrevocablemente acordada mi condenacion, advertidme para que caiga noblemente delante de ellos y de la posteridad. Os confío mi memoria y mi nombre; velad por ellos, y como médicos piadosos que no temen descubrir al moribundo el peligro para que prepare á él su alma, avisadme en tiempo oportuno sin género alguno de miramientos lo que deberé hacer y decir para romper del modo que sea conveniente con la esperanza y la vida!»

Así se lo prometieron sus defensores; pero ya había llegado el momento terrible que el mariscal previera: estaban agotados todos los medios dilatorios y los recursos de sentimientos que semejante causa había inspirado á los abogados. Ninguno de ellos había logrado convencer ni debilitar la resolución de los jueces; sus semblantes, sus miradas, sus murmullos ó su silencio significaba evidentemente una condenación que ya llevaban en sus corazones. Aproximándose Mr. Dupin al mariscal, le dice al oído: «Este es el momento; se ha perdido toda esperanza; no queda más que hacer que honrar cuanto se pueda la caída y salvar la memoria cayendo patriótica y noblemente delante de la Francia.—Os entiendo, respondió el mariscal.» y fingiendo tener necesidad de respirar un momento el aire exterior y descansar salió acompañado de sus dos defensores para concertar con ellos la actitud y el lenguaje que debía adoptar. Con penosa, pero indispensable franqueza, le hicieron ver la inflexibilidad de los pares y la certidumbre del fallo. «Pero os hemos reservado, le dijo Mr. Dupin, un medio de que intervináis vos mismo con nobles y solemnes palabras en el desenlace de vuestro proceso y de vuestra vida. Yo pediré á la Cámara que me deje hablar y empezaré por defender vuestra cualidad de extranjero en Francia á causa de haber nacido en *Larrelouis*, ciudad hoy segregada de nuestro territorio; en cuanto escuchéis mis primeras palabras que indicarán la intención de protejeros de ese modo con la calidad de extranjero, os levantaréis, me cortareis la palabra con acento indignado y lleno de patriotismo, que no necesitareis fingir, y me prohibireis que trate de liberrar vuestra vida á costa de la abdicación de vuestra gloriosa nacionalidad.»

El mariscal, dió las gracias á sus defensores y acordó con ellos las pocas palabras que tenía que decir para interrumpir á Mr. Dupin y revindicar su patria. Para que la emoción del drama no le embargase la memoria, las

escribió en una hoja de papel que arrolló entre sus dedos como una de esas notas que los oradores estampan de cualquier modo en un pedazo de papel para fijar una proposición ó una idea.

Vueltos á la sala de las sesiones, los abogados se levantaron para hablar. En su discurso Mr. Berryer, padre, justificó á su cliente, no de sus faltas, sino de la traición premeditada, y sus enérgicas palabras, robustecidas con las declaraciones que se habían prestado ya en el curso de los debates, no dejaba duda como no fuese al odio ó á la prevención. Volviendo Mr. Dupin á tomar la palabra después de su colega, fingió querer arrancar al mariscal á la vindicta de la Francia, sosteniendo que no era ya francés, puesto que había nacido en *Sarrelouis*, y que los tratados de 1815 separaban aquella ciudad del territorio de la Francia. El mariscal entonces, como ruborizado y lleno de noble indignación al escuchar aquel sofisma que para libertarle del cadalso, le arrebatava su patria, se levantó de pronto para reclamarla y protestar contra aquel exceso de defensa. «No, señor, yo soy francés, exclamó poniendo la mano sobre su pecho, y sabré morir como francés. Agradezco á mis generosos defensores lo que han hecho, y lo que quisieran hacer; pero les ruego que dejen más bien de defenderme, si lo han de hacer imperfectamente. Prefiero quedar indefenso á tener un mero simulacro de defensa. He sido acusado contra la fé de los tratados y no se quiere que los invoque? ¡Hago lo que Moreau, apelo de ello á la Europa y á la posteridad!»

La emoción premeditada fué inmensa. El instante, el gesto, el acento y la mirada del acusado, añadieron á ella lo que la preparación no había previsto. La naturaleza, como siempre, sobrepujó á toda previsión.

Estas palabras cerraron el debate, quitando justamente al acusado ese refugio indigno de él, y su acusador concluyó declarándole reo de alta traición. Los pares

se reunieron en sesión secreta para discutir los grados de convicción del crimen, la naturaleza del crimen y la pena que debía aplicársele. Eran ciento sesenta y un votantes. Algunos se abstuvieron, á fin de no tomar parte en un acto que el tiempo ó la posteridad podia echarles en cara, segun las pasiones del momento ó del porvenir. El jóven duque de Broglie reivindicó el derecho de votar de que le eximia su juventud, porque queria protestar contra aquella inmolacion politica tan contraria al agradecimiento como al honor de su país, mostrándose de este modo fiel á las tradiciones del alma de Mme. de Staël, con cuya hija estaba casado, muger que santificaba el genio de las letras con el genio de la piedad.

Divididos acerca de la premeditacion, casi unánimes respecto al crimen y su calificacion en crimen de alta traicion, deliberaron individualmente y en voz alta acerca de la pena. El tribunal no era militar, sino politico, y por lo tanto podia apreciar las circunstancias, valuar al hombre, acordarse de los servicios, prever lo odioso de una ingratitud por parte del Estado, arbitrar la reparacion, graduar el suplicio y evitar el derramamiento de sangre. El ostracismo y el destierro eran la pena que para semejante crimen aconsejaba la humanidad, ratificada por la politica y el interés bien entendido de los Borbones, pues arrojando, del modo que se pensaba hacer, al ejército la cabeza de su gefe, era un desafio á la reconciliacion y un resentimiento implacable en el corazon de los valientes, casi todos, mas ó menos, cómplices de su falta. El mismo acusado confesaba su culpa, honraba al rey y no levantaba otra bandera que la del arrepentimiento y luto en oposicion á la bandera de la Restauracion. Ya no era peligroso sino dentro de un sepulcro ensangrentado, y solo su fantasma podia ser temible: todo aconsejaba reprobable y salvarle. Entre todos aquellos hombres de Estado escogidos, solamente diez y siete pares tuvieron valor para rehusar aquella víctima á la cólera de la

época y votar por el destierro. Inscribimos sus nombres para que la estimacion pública tenga tambien sus tablas donde la historia halle y remunere á los corazones que se mostraron inflexibles á los cálculos ó á las pasiones de los partidos.

Fueron estos:

El duque de Broglie, el duque de Montmorency, Bertholet, Charselop-Laubat, Chollet, Collaud, Fontanes, Gouyon-Saint-Cyr, Herwyn, Klein, Lanjuinais, Lemerrier, Lenoir-Laroche, Malleville, Richebourg, Curia, Lally-Tollendal.

Cinco pares, los señores de Choiseul, Sainte-Suzanne, Brigode, Aligri y Nicolai, menos convencidos ó animosos, se abstuvieron de votar, neutralidad clemente, pero tímida, que no mata ni salva, y que jamás debe emplearse entre la cuchilla y la víctima.

En cuanto á los que votaron en masa la muerte, unos por conviccion concienzuda de la proporcion de la pena con el crimen, otros por la errónea creencia de la necesidad de hacer un escarmiento, quiénes por adhesion á una causa á la que nada querian negar, ni la cabeza de un héroe; quiénes por emulacion de celo y por las prendas que ya habian soldado para probar su reciente realismo; los crueles por venganza, los cobardes por debilidad, los lisonjeros por adulacion y los ambiciosos á buena cuenta de lo que este sacrificio valdria á su servilismo, callaremos sus nombres por respeto á su memoria y compasion á sus familias. La posteridad debe tener sus amnistias como la politica: los anates de las naciones no son tablas perpétuas de resentimientos y divisiones entre los hijos cuyos padres fueron delincuentes ó desgraciados. Perdonar á las víctimas y perdonar tambien á los jueces, es la ley de la verdadera justicia para seres tan falibles como nosotros, Perdonar es olvidar. ¡Olvidemos!

XVII.

Preciso es decir en descargo de aquellos ciento treinta pares que fallaron por la pena de muerte, que esta, en la opinion de muchos, no era mas que una satisfaccion nominal dada al rigor de su conviccion, y que la votaban con la condicion tácita de la conmutacion de pena por el gobierno. «Apenas se pronunció la sentencia, dice el historiador mas exacto y severo contra aquella votacion, Mr. de Vaulabelle, cuando el duque de Richelieu, que habia asistido á aquella sesion nocturna, se vió rodeado de gran número de votantes que le suplicaron pidiera al rey que conmutara en destierro la pena capital impuesta al mariscal.»

El corazon del duque de Richelieu era bastante grande para abarcar á la vez la justicia y la clemencia. Mientras que los jueces, todavía encerrados en el Luxemburgo, quedaban entregados á esas pláticas privadas que siguen generalmente á las grandes discusiones en las asambleas, unos esperando la inflexibilidad y otros la conmiseracion de la córte, el primer ministro habia corrido á las Tullerías para implorar la piedad del hombre despues de haber servido al príncipe. El rey era dulce de carácter y magnánimo por cálculo. Su largo estudio de las vicisitudes humanas en la historia, que enseña la inutilidad de los suplicios tanto como la decepcion de los beneficios, habia impregnado su alma en esa filosofía que tanto se asemeja á la indiferencia. No odiaba, porque amaba poco; pero reinaba generalmente teniendo en perspectiva á la posteridad; citaba á Enrique IV, aspiraba á imitarle, y no queria dejar á ningun precio una memoria siniestra al porvenir. Si hubiera sido solo y verdaderamente rey, habria de seguro perdonado; pero por mas

que afectaba independendencia en su gobierno y superioridad desdeñosa con su familia dentro de su palacio, contaba con los aliados y cedía á los consejos de sus representantes. Estos, y muy particularmente el lord Wellington, hubieran podido estimular su secreta inclinacion á la clemencia; pero dominados, sin saberlo, por la parte ultra-realista de la sociedad de Paris que les rodeaba, participaban involuntariamente de sus pasiones.

XVIII.

La nacion inglesa no fué cómplice en aquella ocasion ni de la impasibilidad ni de la aprobacion tácita á una ejecucion militar que los soldados podrian considerar justa, pero que tendrian por cruel los corazones generosos. Madama Hutchinson, esposa de un individuo del parlamento, pariente de lord Wellington, que se hallaba á la sazón en Paris, y reunia en sus salones á los oficiales mas liberales del ejército inglés, intercedió con vivas instancias con el lord Wellington para alcanzar de él una intervencion decisiva que pudiera salvar al mariscal Ney. Le rogó que en nombre de su propia gloria y de la de su pais, evitase por este medio la censura que pesaria sobre su memoria si llegaba á consumarse aquel odioso sacrificio delante de sus ojos y en apariencia con su participacion moral. Dicese que en medio de su invocacion fervorosa y elocuente á la magnanimidad del generalísimo inglés, madama Hutchinson se echó á los pies del lord Wellington para arrancarle por medio de la súplica lo que no podía con las mas elevadas consideraciones. El duque, luchando evidentemente entre el deseo de hacer lo que le pedia y la imposibilidad en que creia estar de influir sobre la decision libre del rey y de violar tal vez los compromisos previos de neutralidad entre el príncipe y los

súbditos, contraidos en la correspondencia ó en las conversaciones ó durante la campaña, respondió que estaba encadenado por consideraciones obligatorias, y que cualesquiera que fuesen sus sentimientos personales de interés y de conmiseracion para con un adversario desgraciado, su deber era callar, desdenar los falsos juicios de la época sobre su carácter, y confiarlo todo al fallo mas ilustrado é imparcial de la posteridad.

Madama Hutchinson se retiró alligidísima y llorando por no haber podido ablandar al guerrero ni al hombre de Estado. Informado el gobierno de estas tentativas para arrancar su presa al rigor del juicio, así como de las amargas reconvenciones que dirigia madama Hutchinson en el seno de la confianza y de la intimidad contra la implacabilidad de los jueces, la alejó de París por el crimen de haber compadecido igualmente la suerte de Lavalette y haber urdido en su casa la trama generosa de la evasion de aquel condenado. Enternecida vivamente la viuda del mariscal Ney, y agradeciendo los esfuerzos de aquella familia por salvar á un esposo y á un padre y restituirlo á la suya, ofreció á madama de Hutchinson como una reliquia del corazon, el sable que el mariscal llevaba en Waterloo despues de haber hecho grabar en la hoja el hecho y el agradecimiento.

Veinte años despues de estos sucesos, viajando un hijo de la victima por Italia, se detuvo en Liorna en una quinta habitada por Madama Brennier, esposa del cónsul de Francia en Toscana: habiendo recaido la conversacion sobre la muerte del mariscal, el jóven se admiró de que la relacion de la desgracia de su familia hiciera correr lágrimas por las mejillas de una estrangera. Esta, madre de la señora de Brennier, era madama Hutchinson. De este modo se habian encontrado, sin conocerse, la piedad y el agradecimiento. Si la crueldad tiene sus espianaciones y sus remordimientos, la generosidad tiene tambien sus calamidades y sus dichas, como si la Providencia se las

reservase en sus momentos para no desanimar á los corazones nobles y generosos.

Las pasiones de córte eran implacables en aquel momento en París. La vida concedida al héroe del Beresina parecia un robo hecho al derecho de las represalias. Los ministros del rey se veian asediados en los salones de la aristocracia para pedirles esa sangre como para arrancar un favor personal. Las mugeres del mas alto rango, jóvenes, bellas, ricas, colmadas de dones, de favores, títulos y dignidades por la córte, olvidaban sus familias, sus placeres, su molicie y sus amores; salian de sus casas desde el amanecer, intrigaban toda la noche para quitar entre los jueces un voto á la indulgencia, conquistar otro al suplicio, para maldecir é inculpar de antemano á los que por cobardía ó perfidia negasen aquella condenacion á su opinion. Nosotros mismos hemos visto, con asombro y tristeza, las carreras, las súplicas, los apretones de manos, las sonrisas de aquellas mugeres mendigando así las concesiones que imploraban para satisfacer sus odios. Nos avergonzamos de ello todavía. ¿Quién se avergonzará de las ferocidades brutales que puede cometer el vulgo, cuando el rango, la fortuna y la córte tienen tales reflexiones de inhumnidad, tales vértigos de cólera y tal sed de sangre en los dias de venganza?

Toda aquella cólera de las sociedades realistas, fluía y tenian su eed en las Talleries. Se creía tisonjean

endureciendo los corazones de cuantos rodeaban á los príncipes, por medio de esa aspereza de odio contra los enemigos comunes; se prometían unos á otros de antemano ser inexorables y corresponder á la afección de sus amigos con el sacrificio de la debilidad humana de su propio corazón. Hechas estas promesas, nadie se atrevía á retractarse de la sangre prometida.

Tal era la disposición de la corte y de los príncipes, cuando el duque de Richelieu, forzando las consignas y penetrando á la una de la noche en la cámara del rey, fué á llevarle la noticia del juicio é insinuarle la clemencia. «Jamás mi familia me perdonaría esta gracia, contestó el rey entristecido, y la cámara, sin la cual no puedo gobernar, rompería mañana mi gobierno. Los mismos aliados me acusarían de comprometer nuevamente la seguridad de Europa con mi conducta indulgente, de la que yo reportaría el honor y ellos los peligros. Hay circunstancias en que los reyes no pueden hacer mas que lo que sus partidarios les permiten. Nuestros mismos sentimientos están sometidos á nuestros deberes de Estado; compadezco á Ney, no abrigo el menor odio contra él; antes al contrario, quisiera conservar ese padre á sus hijos y ese héroe á la Francia; pero soy rey constitucional, y no puedo sin comprometer mi unión con las cámaras, suspender ó desviar la justicia que mi pueblo exige por prenda de su seguridad.» El duque de Richelieu, que conoció las disposiciones y las exigencias de la corte, de la cámara, de los consejeros del príncipe y de la princesa, no esperó ya nada de este lado. Solo la duquesa de Angulema hubiera podido tomar sobre sí arrostrar la cólera del partido realista y poner sus lágrimas en balanza contra la sangre del héroe. Nada podía negarle el rey, su tío, y acaso deseaba vivamente que fuera á ofrecer este pretexto á su clemencia, y esa autoridad de familia á su debilidad; mas ella no se presentó: fatales inspiraciones de severidad prevalecieron en su corazón

sobre el papel natural que parecía designarle la Providencia, olvidándose de que un corazón de mujer en las Tullerías intespuesto entre todas esas represalias y así lo de todos los vencidos, era la única popularidad que faltaba á los Borbones para reconquistar todos los partidos. Dejó por el contrario cerrar su corazón por la mano de sus funestos consejeros, dando lugar á que el de la Francia se cerrase á su vez. Ella quitó á su familia, á su causa y á sí misma la mas irresistible de las políticas, la política del sentimiento, lo cual suponía mas que dureza, pues era un error que condenaba su dinastía á brevísima existencia, porque las restauraciones por su naturaleza no tienen mas que uno de estos dos papeles, la magnanimidad ó la venganza, puesto que desde el día en que cesan de perdonar, se ven condenadas á vengarse, y vengarse de un pueblo es enagenarse su voluntad sin anonadarlo. La sangre que de este modo se arrancaba á la Restauración, escribía de antemano el segundo divorcio de la Francia y los Borbones.

XXI.

Mientras que el perdón ó la muerte se pesaban de este modo en la oscuridad del palacio, y el primer ministro salía de él consternado por no llevar en su corazón el menor resto de esperanza, el condenado había vuelto á su prisión del Luxemburgo, desde donde podía oír el sordo rumor de las conversaciones de sus jueces, que esperaban la resolución de la corte. Incierto él mismo y casi indiferente sobre su suerte, á fuerza de cansancio y de tristeza, tomó un poco de alimento y se acostó vestido sobre su lecho como un soldado que espera ser despertado por la muerte. El exceso de fatiga y de agitación de ánimo que había experimentado desde que se abrió aquel

largo proceso, cerró al fin sus ojos tan pronto como su honor y su vida quedaron en las manos de sus jueces. El sueño que turba la esperanza es el compañero de la desesperación. Dormía sobre el borde del destino. Los centinelas compasivos que velaban en su encierro, no se atrevían á hablar palabra, y contenían su respiración, temerosos de interrumpir aquel último descanso. No eran, como se ha dicho, seides disfrazados de gendarmes y escogidos por su enemistad entre los guardias de Corps para atormentar el alma del preso ó inmolarle en caso de evasión á mano armada, sino jóvenes bizarros escogidos en sus compañías, incorruptibles por honor, é incapaces de cometer un crimen con un hombre desarmado ni ultrajar á un preso cuya suerte compadecían y cuya gloria admiraban. Aunque eran oficiales, se habían puesto el uniforme de simples granaderos de á caballo de la guardia real, y confundidos con este disfraz con los gendarmes y demas vigilantes del preso, ellos eran los que le guardaban de vista en su encierro y conversaban habitualmente con él, no para agravar, sino para distraer y consolar su soledad, haciendo los mayores esfuerzos por mantener viva en él la esperanza, y aun ellos mismos se lisonjaban con la idea de que perdonado al fin el mariscal por el rey, llegaría á reconocerlos en mejores tiempos por los consoladores de sus malos días. De boca de ellos mismos escuchamos entonces estas revelaciones de su penoso cargo.

XXII.

A las tres de la mañana el secretario de la Cámara de los pares se presentó á la puerta del calabozo del condenado para leerle auténticamente su sentencia. Los vigilantes, compadecidos de aquel sueño pacífico que iban á interrumpir, como si la muerte estuviera envidiosa

hasta de aquel breve reposo, vacilaron largo tiempo en despertarle. Al fin obedecieron á la necesidad, y despertaron al mariscal profundamente dormido. Al incorporarse éste, distinguió á la luz de las antorchas la diputación de la Cámara y al secretario Mr. Cauchy, cuyo rostro revelaba la tristeza y piedad de su alma. Echándose fuera de la cama, se dirigió á Mr. Cauchy y se dispuso á escuchar la sentencia que tenia ya demasiado prevista. Antes de leer el papel que tenia en la mano, el secretario de la Cámara rogó al preso que hiciera la debida separación entre su misión oficial y los sentimientos personales de respeto y admiración de que estaba penetrado, y le compadeciera por el deber que iba á desempeñar y que tanto repugnaba á su corazón. «Agradezco en el alma, respondió el mariscal, los sentimientos que os animan y los comprendo; pero todos tenemos que llenar nuestros deberes en este mundo. Cumplid el vuestro, que yo haré el mio.» Recordándole despues con el gesto el papel que tenia en la mano: leed, dijo con acento resignado y dulce. El secretario leyó con voz trémula que parecia pedir perdón por las palabras, y como leyese testual y sacramentalmente la larga enumeración de los nombres, títulos, grados y dignidades con que en la sentencia se calificaba al condenado: «Al hecho, al hecho, dijo el mariscal con impaciencia y con cierta espresion de desprecio hácia esas frivolidades de la vida que iba á anotar pronto la muerte, decid simplemente Miguel Ney, y en breve un poco de polvo.»

Concluida la lectura, el secretario de la Cámara dijo al mariscal que el cura de San Sulpicio habia venido á ofrecerle los consuelos que da la religion á los moribundos, y que la consigna le autorizaba á recibirle. «No necesito de nadie para saber morir, respondió el mariscal. ¿A qué hora mañana? añadió con una fisonomía interrogativa que acababa el sentido suspendido de la pregunta.» «A las nueve» respondió Mr. Cauchy inclinándose como ruborizado

de la brevedad del tiempo que se concedía á sus preparativos. «¿Y mi muger, y mis hijos? replicó el preso, ¿podré á lo menos abrazarlos por última vez?» Mr. Cauchy estaba autorizado para prometérselo. «Enhorabuena, dijo Ney, haced que avisen á la mariscala para las cinco de la mañana; pero que ignore sobre todo mi condenación; quiero que la sepa de mí mismo, pues yo solo puedo dulcificarle su horror.» Prometiéronle guardar esos miramientos á su familia, y entonces pidió que le dejasen solo el resto de la noche. Volvióse á acostar en su cama, se tapó hasta la cabeza con su capa, y se quedó dormido como en el vivac entre dos centinelas. La naturaleza, mas elemental que los jueces, le evitaba la agonía con el sueño.

A las cinco fué introducida en su prision la mariscala, acompañada de su hermana y de sus cuatro hijos. La noche fijada para aquella entrevista, le decia hártamente que aquella era la de la última separación. El mariscal, que adoraba á aquella jóven y encantadora compañera de sus días, la recibió desmayada entre sus brazos, y á duras penas pudo reanimarla con sus besos y sus lágrimas. Sentando despues á sus cuatro hijos de tierna edad sobre sus rodillas y agrupándolos contra su corazon, les dijo en voz baja esas palabras supremas con que un padre imprime lo mas puro de su alma en la memoria de sus hijos. Su cuñada, multiplicándose, por decirlo así, para correr del padre á la madre, y de la madre á los niños, rezaba en voz alta, confundiendo sus plegarias con los sollozos de aquellos grupos queridos. El mariscal, que habia fortalecido su corazon con la presencia y las últimas caricias de todo lo que mas amaba en el mundo, conservó bastante sangre fria para engañar á su muger, inspirándola, á fin de separarla del espectáculo de su agonía, una esperanza que él mismo no tenia. Logró lisonjear á la infeliz con la ilusion de que podria arrancar al corazon del rey el perdon de su vida con el

espectáculo de su dolor y la energía de sus ruegos. De este modo solamente pudo separarse de los brazos de su esposa, fuertemente enlazados alrededor de su cuello. La desolada familia se trasladó en seguida al palacio donde dormia el rey y la duquesa de Angulema, y gracias al duque de Duras, primer gentil-hombre del rey, pudo penetrar hasta las salas que preceden á las habitaciones reales. La mariscala, luchando entre el temor y la esperanza, aguardó allí á que despertara el príncipe, pues no dudaba que el permiso de llorar tan cerca de él fuese una promesa tácita de misericordia. Al penetrar en el palacio los primeros albores del dia, le inspiraban á la vez mas terror y mas esperanza. Su madre habia estado en la familiaridad doméstica de la madre de la duquesa de Angulema. ¿Dejaría la hija salir á la hija viuda y á los nietos huérfanos, de aquel palacio donde ella era mas que reina? Este grupo, llorando en la sombra de una antecámara, espero inútilmente hasta despues de la hora irreparable. La princesa nada supo, nada oyó. ¿Qué hora perdida para la naturaleza y para la monarquía!

XXIII.

El mariscal no volvió á acostarse despues de recibir los últimos abrazos y sollozos de su muger é hijos, y se enjugó sus propias lágrimas para no pensar mas que en la dignidad de su muerte: escribió su testamento, y levantándose en seguida, se paseó por su cuarto y se puso á hablar familiarmente con sus guardas. Uno de ellos, disfrazados como hemos dicho de granaderos de la guardia, habia concebido por el héroe esa ternura involuntaria de admiracion y piedad que la intimidad de la prision, el infortunio y la muerte próxima engendran en los corazones generosos. Era este un caballero realista del

Delfinado, llamado Mr. de V***. Su hermosa figura, su carácter marcial, y su acento de libre, pero respetuosa franqueza, habian engañado al mismo preso, que creia ver en Mr. de V*** uno de los antiguos sargentos de sus grandes campañas; así es que en las largas horas de su ocioso cautiverio, tenia la mayor complacencia en hablar con él. «Mirad mi último sol, camarada, dijo aproximándose á Mr. de V***. Ya ha concluido este mundo para mí. Esta noche dormiré en otro alojamiento. No soy una muger; pero creo en Dios y en la otra vida, y siento en mí una alma inmortal... Me han hablado de prepararme á la muerte, de consuelos en la religion y de conferencias con un sacerdote caritativo. ¿Es esa la muerte de un soldado? Vamos ¿qué hariais en mi lugar?—Señor mariscal, respondió Mr. de V***, todavía esperamos que el rey será digno de Enrique IV, y que no consentirá que se prive á la Francia de uno de sus mas gloriosos servidores por un dia de olvido; pero la muerte es la muerte para todo el mundo, y el que la vió tan cerca en tantos campos de batalla, no teme que se le hable de ella en un calabozo. Jamás la voz del último amigo ha causado dolor á un soldado en el hospital de sangre. En vuestro lugar dejaria entrar al cura de San Sulpicio y prepararia mi alma á todo evento.—Creo que teneis razon, replicó sonriendo amistosamente el mariscal. Pues bien, haced entrar al sacerdote.» El cura de San Sulpicio, que esperaba en una sala del Luxemburgo, fué introducido, y habló piadosamente en un rincón del calabozo con el mariscal. La hora que no traia el perdón, sonó para el suplicio. El reo que habia leído en los rostros, y oído en los murmullos de la Cámara de los pares la venganza inexorable de los partidos, nada, absolutamente nada esperaba de las lágrimas de su esposa y de sus hijos. Por ella y por ellos solamente habia fingido la esperanza. Vestióse para presentarse con toda decencia delante del último fuego, y se puso un capote militar. El

ruido que hacian los soldados que se escalonaban desde la puerta del Luxemburgo hasta la reja de la plaza del Observatorio, y el de un coche que entró en el patio, le avisaron el momento de la partida. El creia que iban á llevarle al campo de Grenelle, al sitio marcado por la sangre de Labedoyere, lugar ordinario de las ejecuciones. Abrieron la puerta de su encierro, y lo comprendió todo; bajó con pie firme, frente serena, mirada elevada, y boca casi risueña, pero sin ninguna afectacion teatral, por entre las filas de los soldados colocados en los escalones y en los vestíbulos del palacio, como un hombre contento de volver á ver el uniforme, las armas, las tropas, su antigua familia. Al llegar al pie de la escalera, donde le esperaba el coche, bajado el estribo y abierta la portezuela, se paró en vez de subir por una consideracion de política hácia el sacerdote que le acompañaba, y cogiendo del brazo al cura de San Sulpicio que queria cederle el paso «no, no, dijo con cierta jovialidad triste y risueña, alusion melancólica al objeto del viage, subid primero, señor cura; de todos modos he de llegar antes allá arriba.» Y con la mirada indicó al cielo.

XXIV.

El coche rodó al paso por entre las anchas alamedas del Luxemburgo y por entre las filas mudas de los soldados. Espesa niebla se arrastraba por el suelo y no dejaba ver mas que los brazos despojados de los corpulentos árboles del jardin real. El sacerdote murmuraba al lado del soldado palabras de resignacion y de confianza cristiana, que el mariscal escuchaba con la mayor atencion. De repente se paró el carruage á medio camino de la reja del Luxemburgo y del Observatorio, en frente de una larga tapia de cercado negro y fétido que cerraba aque-